X

Esto es lo que la política inglesa y la política rusa, dueñas del Congreso de Viena, comprendieron en 1815.

Existía entonces una ruptura de hecho entre Francia y Alemania.

Las causas de aquella ruptura valen la pena de ser recordadas en pocas palabras.

El zar, por entusiasmo por Bonaparte, fué por un momento francés; pero al ver que Napoleón edificaba el norte de Europa contra la Rusia, se había vuelto otra vez ruso. Y por grande que fuese su amistad de hombre particular por Alejandro, Napoleón, al fortificar la Europa contra los rusos, no merecía reconvención alguna. Es tan imposible á los Carlomagno y á los Napoleón no construir su Europa de cierta manera, como al castor no construir choza según una cierta forma y contra determinado viento. Cuando se trata de la conservación y de la propagación, esas dos grandes leyes naturales, el genio tiene su instinto tan seguro, tan fatal, tan extraño á todo lo que no sea el fin propuesto, como el instinto del bruto. Lo sigue, dejadle hacer, y, así en el emperador como en el castor, admirad á Dios.

Inglaterra no había siquiera tenido el momento de ilusión de Alejandro. La paz de Amiens había durado lo que un relámpago; Fox á lo sumo había sido fascinado por Bonaparte. La Europa de Napoleón estaba construída igualmente y sobre todo contra ella. De

suerte que, para aliarse con Inglaterra, el zar no tuvo que hacer más que tomarle la mano que le alargaba hacía tiempo. Sabidos son los acontecimientos de 1812. El emperador Napoleón se apoyaba en Alemania como en Francia; pero acosado por todas partes, odiado y traicionado por los reyes de vieja cepa, picado por la nube de libelos de Londres como el toro por un enjambre de abejorros, cohibido en sus medios de acción, estorbado en su colosal y delicada operación, cometió dos grandes errores, uno en el Mediodía y el otro en el Norte; había hollado á España y ofendido á Prusia. La consecuencia fué una reacción, terrible y justa bajo algunos aspectos. Y, lo mismo que España, Prusia se sublevó. Alemania tembló bajo los pies del emperador. Buscando con el talón su punto de apoyo, retrocedió hasta Francia, donde volvió á encontrar la tierra firme. Allí, durante tres largos meses, luchó como un gigante cuerpo á cuerpo con Europa. Pero el duelo era desigual; y, como en los combates de Homero, el Océano y el Asia socorrían á Europa. El Océano vomitaba ingleses, el Asia vomitaba cosacos. El emperador cayó; la Francia le cubrió la cabeza con un velo; pero, antes de cerrar los ojos, en la vanguardia de las hordas rusas, reconoció á Alemania.

De allí una ruptura entre los dos pueblos. Alemania tenía su rencor; Francia tuvo su cólera.

Pero entre naciones generosas, hermanas por la sangre y por el pensamiento, los rencores pasan, las cóleras ceden; la gran equivocación de 1813 debía acabar por aclararse. Alemania, heroica en la guerra, vuelve á sus ensueños en la paz. Todo lo que es ilustre, todo lo que es sublime, aun fuera de su frontera, place á su entusiasmo serio y desinteresado. Cuando su enemigo es digno de ella, le combate en tanto está en pie; mas le honra apenas ha caído.

Napoleón era demasiado grande para que no se decidiera á admirarle otra vez, demasiado infeliz para que de nuevo no se decidiera á amarle. Y para Francia, á la que Santa Elena oprimió el corazón, cualquiera que admire y ame al emperador es francés. Las dos naciones, pues, estaban insensiblemente inclinadas, en determinado tiempo, á comprenderse y reconciliarse.

Inglaterra y Rusia previeron ese inevitable porvenir; y para impedirlo, poco tranquilizadas con la caída del emperador, motivo momentáneo de ruptura, crearon entre Alemania y Francia un motivo permanente de odio.

Tomaron á Francia y dieron á Alemania la orilla izquierda del Rhin.

XI

Esto era de un carácter político profundo.

Era rasgar el gran Estado meridional del Rhin esbozado por Carlomagno, construído por Luis XIV, completado y restaurado por Napoleón. Era debilitar la Europa central, crearle artificialmente una especie de enfermedad crónica, y matarla tal vez con el tiempo, poniéndole cerca del corazón una úlcera siempre dolorosa, siempre gangrenada. Era abrir una brecha á Francia, á la verdadera Francia, que es rhenana del mismo modo que es mediterránea; *Francia rhenana,* dicen los antiguos mapas carlovingios. Era situar una vanguardia extranjera á cinco jornadas de París; era, sobre todo, irritar para siempre á Francia contra Alemania.

Esta política profunda, que se reconoce en la concepción de semejante idea, se encuentra también en la ejecución.

Dar la orilla izquierda del Rhin á Alemania era una idea. Haberla dado á Prusia, es una obra maestra.

Obra maestra de odio, de astucia, de discordia y de calamidad; pero obra maestra. La política da estos casos.

La Prusia es una nación joven, vivaz, enérgica, espiritual, caballeresca, liberal, guerrera, poderosa. Pueblo de ayer que tiene un mañana. La Prusia camina hacia altos destinos, particularmente bajo su rey actual, príncipe grave, noble, inteligente y leal,

que es digno de dar á su pueblo esa última grandeza, la libertad. En el sentimiento verdadero y justo de su inevitable acrecentamiento, por un laudable pundonor, aunque en nuestro sentir equivocado, la Prusia puede que no quiera dejar nada de lo que una vez ha tomado.

La política inglesa se guardó muy bien de dar esa orilla izquierda al Austria. El Austria evidentemente decrece y disminuye desde hace dos siglos.

En el siglo XVIII, época en que Pedro el Grande hizo la Rusia, Federico el Grande hizo la Prusia, y la hizo en gran parte con pedazos del Austria.

El Austria es el pasado de Alemania; Prusia es el porvenir.

Excepto que Francia, como demostraremos luego, es á un tiempo vieja y joven, antigua y nueva, la Prusia es en Alemania lo que Francia es en Europa.

Debería haber entre Francia y Prusia idéntico esfuerzo cordial hacia el mismo fin, igual camino recorrido en común, profundo acuerdo, simpatía. La distribución del Rhin crea una antipatía.

Debería haber amistad; la distribución del Rhin crea un odio.

Malquistar Francia con Alemania, era algo; malquistar Francia con Prusia, lo era todo.

Repitámoslo: la instalación de Prusia en las provincias rhenanas fué el hecho capital del Congreso de Viena. Fué la grande habilidad de lord Castlereagh y el gran error de M. de Talleyrand.

XII

Por lo demás, en el fatal arreglo de 1815 no hubo más idea que ésa. Lo restante se hizo al azar. El Congreso pensó en desorganizar Francia, no en organizar Alemania.

Diéronse pueblos á los príncipes y príncipes á los pueblos, á veces sin considerar las vecindades, casi siempre sin consultar la historia, el pasado, las nacionalidades, el amor propio de cada una. Pues las naciones tienen también su amor propio, que atienden con frecuencia, digámoslo en su honor, más que sus propios intereses.

Un solo ejemplo, verdaderamente demostrativo, bastará para indicar de qué manera se hizo bajo tal aspecto el trabajo del Congreso. Maguncia es una ciudad ilustre. Maguncia, en el siglo IX, era lo bastante fuerte para castigar á su obispo Hatto; Maguncia, en el siglo XII, era suficientemente poderosa para defender contra el emperador y el imperio á su arzobispo Adalberto. Maguncia, en 1285, fué el centro de la hansa rhenana y el nudo de las cien ciudades. Ha sido la metrópoli de los minnesænger, esto es, de la poesía gótica; ha sido la cuna de la imprenta, esto es, del pensamiento moderno. Guarda y muestra todavía la casa en que han vivido, desde 1443 á 1459, Gutemberg, Juan Fust y Pedro Schœffer, y á la que denomina con magnífica y justa asimilación Dreykönigshof, la *casa de los tres reyes*. Durante ocho años, Maguncia fué la capital del primero de los electorados

germánicos; durante veinte años, Maguncia fué uno de los frentes de Francia. El Congreso la dió como un pueblecillo á un Estado de quinto orden, á Hesse.

Maguncia tenía una nacionalidad distinta, clara, altiva y celosa. El electorado de Maguncia pesaba en Europa. Hoy posee una guarnición extranjera. No es más que un cuerpo de guardia en el que Austria y Prusia están de centinela, con los ojos fijos en Francia.

Maguncia había grabado en 1135, sobre las puertas de bronce que le había regalado Willigis, las libertades que le había regalado Adalberto. Conserva todavía las puertas de bronce, mas las libertades no.

En lo más hondo de su historia, Maguncia posee algunos recuerdos romanos; la tumba de Druso está allí. Conserva recuerdos franceses; Pepino, el primer rey de Francia que ha sido consagrado, fué consagrado en 750 por un arzobispo de Maguncia, san Bonifacio. En cambio, no guarda ningún recuerdo hessense, á menos que sea este: en el siglo XVI su territorio fué asolado por Juan el Batallador, landgrave de Hesse.

Esto demuestra cómo procedió el Congreso de Viena. Jamás se ha procedido á una operación quirúrgica de un modo tan aventurado. Apresuráronse á amputar á Francia, á mutilar las nacionalidades rhenanas, á extirpar de ellas el espíritu francés. Arrancaron violentamente pedazos del imperio de Napoleón; el uno tomó éste, el otro aquél, sin mirar siquiera si el jirón sufriría, si estaba separado de su centro, esto es, de su corazón, si podía reanimarse cambiando é injertarse en otra parte. No se puso ningún aparato, no se hizo ninguna ligadura. Lo que sangraba hace veinticinco años sangra todavía.

Así se dieron á la Baviera algunos eslabones de la cadena de los Vosgos, veintiséis leguas de largo por

veintiuna de ancho, quinientas diez y siete mil ochenta almas, tres pedazos de nuestros tres departamentos del Sarre, del Bajo Rhin y del Monte Trueno. Con esos tres pedazos la Baviera ha hecho cuatro distritos. ¿Por qué esas cifras y no otras? Averiguad un motivo; no encontraréis más que el capricho.

Dieron á Hesse Darmstadt el extremo septentrional de los Vosgos, el norte del departamento del Monte Trueno, y ciento setenta y tres mil cuatrocientas almas. Con esas almas y esos Vosgos, el Hesse ha hecho once cantones.

Si paseáis los ojos por un mapa de Alemania hacia la confluencia del Mein y del Rhin, quedáis agradablemente sorprendidos al ver entreabrirse una flor de cinco pétalos, cortada en 1815 por las delicadas tijeras del Congreso. Francfort es el pistilo de esa rosa. Ese pistilo, en el que viven en pleno desarrollo dos burgomaestres, cuarenta y dos senadores, sesenta administradores y ochenta y cinco legisladores, contiene cuarenta y seis mil habitantes, de los que cinco mil son judíos. Los cinco pétalos, pintados en el mapa de diferentes colores, pertenecen á cinco diferentes Estados; el primero es de la Baviera, el segundo es de Hesse Cassel, el tercero de Hesse Hamburgo, el cuarto de Nassau y el quinto de Hesse Darmstadt.

¿Era necesario arreglar y envolver de ese modo á una noble ciudad donde parece, cuando se está en ella, que se siente palpitar el corazón de Alemania? Los emperadores se elegían y coronaban en ella; la Dieta germánica tenía allí sus deliberaciones; allí nació Gœthe.

Cuando recorre actualmente las provincias rhenanas, sobre las cuales resplandecía no hace aún treinta años esa poderosa homogeneidad que ha penetrado tan profundamente en menos de un siglo y medio el antiguo landgraviado de Alsacia, el viajero encuentra

de vez en cuando un poste blanco y azul, y está en Baviera; luego ve un poste blanco y encarnado, y está en Hesse; y más allá un poste blanco y negro, y está en Prusia. ¿Por qué? ¿Hay alguna razón para ello? ¿Habéis cruzado un río, una muralla, una montaña? ¿Habéis tocado á alguna frontera? ¿Se ha modificado alguna cosa en el país que atravesáis? No. Nada ha cambiado, salvo el color de los postes. El hecho es que no estáis en Prusia, ni en Hesse, ni en Baviera; os halláis en la orilla izquierda del Rhin, esto es, en Francia, como en la orilla derecha os halláis en Alemania.

Insistamos, pues, sobre este punto; el arreglo de 1815 fué un reparto leonino. Los reyes sólo se dijeron una cosa: *Repartámonos*. Esta es la túnica de José, rasguémosla, y que cada cual se guarde lo que le quede en las manos. Esas piezas están hoy cosidas en los bajos de cada Estado; se reconocen en seguida; jamás pingajos tan caprichosamente rasgados se han arrastrado por un mapamundo; jamás jirones remendados de cabo á rabo por la política humana han escondido y disfrazado de más extraña manera los eternos y divinos compartimientos de los ríos, los mares y los montes.

Y, tarde ó temprano, las nobles naciones del Rhin meditarán que el Congreso del Rhin se preocupó bien poco de ellas. Habrá podido entreverse en estas pocas líneas necesariamente sumarias con que desdén el Congreso ha tratado la historia, el pasado, las afinidades geográficas y comerciales, todo lo que constituye la entidad de las naciones. Cosa notable, se distribuían pueblos y no se pensaba en los pueblos. Se engrandecían, se redondeaban, se extendían, y eso era todo. Cada cual pagaba sus deudas con un poco de Francia. Se hacían concesiones vitalicias y concesiones á retroventa. Se arreglaban las cosas entre sí,

Tal príncipe pedía alguna prenda en garantía; se le daba una ciudad. Tal otro reclamaba algún pico; se le arrojaba una aldea.

Pero bajo esa aparente ligereza, ya lo hemos indicado, había una idea profunda, una idea inglesa y rusa que se despachaba á su gusto, digámoslo claramente, lo mismo á expensas de Alemania que á expensas de Francia. El Rhin es el río que debe unirlas, é hicieron de él el río que las divide.

Esta situación es evidentemente artificial, violenta, contra naturaleza, y, por consiguiente, momentánea. El tiempo lo restablece todo á la ecuación; Francia volverá á tener su forma normal y sus necesarias proporciones. Según nuestra opinión, debe y puede lograrlo pacíficamente, por la fuerza de las cosas combinada con la fuerza de las ideas. Para ello, empero, se presentan dos obstáculos:

Un obstáculo material;

Un obstáculo moral.

El obstáculo material es Prusia.

No repetiremos lo que ya hemos dicho sobre este asunto. Es imposible, empero, que en determinado tiempo Prusia no reconozca tres cosas:

La primera es que, dejando aparte el carácter personal de los príncipes, la alianza rusa no es ni puede ser un hecho simple y claro para un Estado de la Europa central. En esas aproximaciones se transparenta una doble intención. Entre reinos y entre pueblos puede quererse de muchas maneras. Rusia quiere á Alemania como Inglaterra quiere á Portugal y á España, como el lobo al cordero.

La segunda es que, á pesar de todos los esfuerzos de Prusia de veinticinco años á esta parte, á pesar de muchas concesiones beneficiosas, como la rebaja de las contribuciones sobre el tabaco, el lúpulo y el vino, por muy paternal que haya sido su gobierno, y así lo reconocemos, la orilla izquierda del Rhin sigue siendo francesa; mientras que la orilla derecha, naturalmente y necesariamente alemana, se ha convertido inmediatamente en prusiana. Recorred la orilla derecha, entrad en las posadas, en las tabernas, en las tiendas; por todas partes veréis el retrato del gran Federico y la batalla de Rosbach colgados en la pared. Recorred la orilla izquierda, visitad los mismos lugares, y por todas partes encontraréis á Napoleón y Austerlitz, protesta muda. La libertad de imprenta no existe en las posesiones prusianas, pero la libertad

de la muralla existe allí aún, y ella basta, como se ve, para hacer públicos los secretos pensamientos.

En tercer lugar, Prusia observará que su Estado, tal como lo cortó el Congreso, está mal hecho. ¿Qué es, bien mirada, la Prusia de hoy? Tres islas en tierra firme. Cosa extraña para dicha, pero cierta. El Rhin, y sobre todo la carencia de simpatía y de unidad, dividen en dos el gran ducado del Bajo Rhin, que está á su vez separado de la vieja Prusia por un estrecho donde pasa un brazo de la Confederación germánica y donde se unen el Hannover y el Hesse electoral. Entre los dos puntos más próximos de ese estrecho, Liebenan y Wilzenhs, está precisamente situado Cassel, como para impedir toda comunicación. Extraña sujeción casi absurda de explicar, el rey de Prusia no puede ir á su casa sin salir de su casa.

Es evidente que esto no pasa de ser todavía una situación provisional.

Prusia, digámoselo á ella misma, tiende á llegar á ser y será un gran reino homogéneo, enlazado en todas sus partes, poderoso en tierra y en el mar. A estas horas no tiene puertos más que en el Báltico, mar cuya profundidad no alcanza los ochocientos pies del lago de Constanza, mar más fácil de cerrar todavía que el Mediterráneo, y que no tiene, como el Mediterráneo, la inapreciable ventaja de ser el fondeadero de la civilización. Un pueblo encerrado en el Mediterráneo pudo llegar á ser Roma. ¿Qué llegará á ser un pueblo encerrado en el Báltico? Prusia necesita algunos puertos en el Océano.

Nadie posee el secreto del porvenir, y sólo Dios, con su inflexible dedo, avanza, retrocede ó borra soberanamente las líneas verdes y encarnadas que los hombres trazan en los mapamundis. Pero desde ahora puede certificarse, pues una parte es ya visible, que el

divino trabajo se va haciendo. Desde ahora la Providencia vuelve á poner en orden, con su infalible y majestuosa lentitud, lo que han enredado los Congresos. Al separar, por el bendito advenimiento de una niña, la corona de Hannover de la corona de Inglaterra; al aislar el pequeño reino del grande; al castigar con diversas incapacidades morales y físicas, podría decirse con todas las cegueras á la vez, á la rama de Brunswick, que permaneció ó alemana ó se convirtió en alemana, esto es, marcándola con una próxima extinción, parece que deja entrever ya su medio y su objeto: el Hannover á Prusia y el Rhin á Francia.

Cuando decimos el Rhin, queremos decir la orilla izquierda. Ahora bien; Prusia posee más orilla derecha que orilla izquierda, así es que guardará la orilla derecha.

Para el Hannover, la incorporación á Prusia es un gran paso hacia la libertad, la dignidad y la grandeza. Para Prusia, la posesión del Hannover es en primer lugar la homogeneidad del territorio, la supresión del estrecho y del obstáculo, la unión del ducado del Rhin á la antigua Prusia; luego, es la inevitable absorción de Hamburgo y de Oldenburgo, es el Océano abierto, la navegación libre, la posibilidad de ser tan poderosa por la marina como por el ejército.

¿Qué significa la orilla izquierda del Rhin al lado de todo eso?

En cuanto á la Alemania propiamente dicha, en los principados del Danubio están sus compensaciones futuras. ¿No es evidente que el imperio otomano disminuye y se atrofia para que Alemania se engrandezca?